1

233439

A. VALERO MARTIN



PTA

EL A DE NOCHE

1
233439

47/150427-4

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 31 de julio de 1924 Núm. 9.

LOS PECADOS DE CARMINA

POR

ALBERTO VALERO MARTIN
Ilustraciones de ROBLEDANO

UNA PESETA

BIBLIOTECA MADRID ARCOS

M A D R I D
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1 9 2 4

A José María Carretero,

muy devotamente.

R. 3221863



Los Pecados de Carmina

I



QUELLO fué un escándalo, un verdadero escándalo. En toda Ciudad-Brumosa comentábase con hipérbole y con malicia. Las señoras, principalmente, no cesaban en sus aspavientos artificiosos y en sus sonrisillas despectivas y crueles. ¡Quién había de decirlo!... ¿Conque Carmina, la orgullosísima Carmina, la que tanto sabía mortificarlas con sus elegancias y con su altivez, la de ademanes de reina, la de gesto de diosa, la que a todas miraba



con impertinencia y con desprecio, había "caído", por fin, tras un "flirt" peligroso y escandaloso, en brazos del Vizconde de los Armentales? ¿Y para acabar en eso, para acabar como otra cualquiera adúltera, tanto empingorotamiento y tanto orgullo y tanto "mírame y nó me toques"?... ¡Sí, sí!... ¡Si ya les parecía a ellas!...

Y a lo largo del paseo del Arenal, con sus árboles centenarios y copudos y sus floridos y simétricos "parterres", las señoras, luciendo sus toaletas vaporosas y veraniegas, sentadas en alegres corros, daban vueltas y más vueltas al extraordinario suceso, salpicándole con los más divertidos y mortificantes comentarios.

De todos estos corros, el más bullicioso y el más nutrido, como siempre, era el que presidía la registradora. Luisa Campuzano y Orellana, la mujer del registrador de la propiedad de Ciudad-Brumosa, cuarentona de

buen ver todavía y familiarizada con los hábitos del "gran mundo", de ese "gran mundo" tan divertido y tan pueril de las provincias, era la tenida por más ingeniosa en el contorno, y sus ocurrencias las más celebradas en los cuentos y chismes que alarmaban, con harta frecuencia, a las gentes pacíficas e hipocritonas de la ciudad.

Con Luisa Campuzano, y entre otras varias amigas, hallábanse a la sazón Mercedes Fromeiro y Ana María Chávarri, a quienes llamaban sencillamente "las gobernadoras", por ser esposa la primera del gobernador civil y la segunda del gobernador militar; aunque, si ha de decirse la verdad entera, es cierto que a la Fromeiro llamábanla también "la gobernadora por partida doble", merced a ciertas hablillas picarescas que la suponían tan mujer del uno como del otro gobernador.

—Pues sí, hijas mías, sí—decía maliciosamente la registradora—. Que Dios me perdone si levanto un falso testimonio, pero lo de Carmina y el Vizconde ha de ser cierto. Yo misma, misma yo, como dicen nuestras aldeanas, he creído verla en el automóvil del Vizconde, cruzando a todo correr un pueblín, en la carretera de los Pomares.

—¡Jesús me valga! — suspiró la Chávarri—. Hay cosas que se ven y no se creen. Mira tú la estúpida, la presumida, cómo la llegó su cuarto de hora.

—Dicen—terció la Fromeiro—que "eso" empezó en julio, en San Sebastián, en una fiesta del Casino. Parece que el Vizconde y Carmina, que ya estaban "flechados" de las temporadas que el Vizconde ha pasado aquí, se decidieron del todo.

—Entonces—dijo sonriendo la Campuzano—, si fué en una fiesta del Casino de San Sebastián, y tras una cena, tendremos que disculpar a Carmina un poquitín, aunque sólo sea un poquitín.

—¿Qué más tiene, mujer?—preguntó bobaliconamente la Chávarri.

—¿Cómo que si tiene?—respondió soltando la risa Luisa Campuzano—. ¿Pero vosotras conocéis los "canapés" de anchoas que hace aquel maldito cocinero?

Rieron las dos gobernadoras, la "unilateral" y la de "partida doble", y Luisa siguió:

—¡Oh! ¡Eso, no, hijinas! No os riais, que es muy serio lo que yo digo. Figuraos la terraza del gran Casino de San Sebastián. Mujeres muy bien desnudas. Hombres muy elegantes. Orquesta de tzinganes. El cielo lleno de estrellas. El mar, al pie, lleno de tentaciones. El calor y el perfume de las noches de julio. Un vizconde rico y "chic", que nos enamora, y luego esos malditos "canapés", tan deliciosos y tan excitantes...

Y como continuasen riendo sus amigas, la Campuzano añadió:

—No, no; pero ¿por qué reís? Si la cosa

no tiene duda. Yo puedo aseguraros por mí que el día que abuso un poco de la salsa "Perrins", o me bebo media botella de Rhin, o me doy un atracón de percebes, estoy mucho más amorosa con mi marido...

Dos contertulias más llegaron en aquel momento: Damiana Santibáñez, "la fiscala" de la Audiencia territorial, y Luz Iriarte, casada con el diputado a Cortes más revoltoso y batallador de la provincia.

Llegaban "de mil alfileres", porque aquella noche celebrábase un concierto de piano y violín en la sala de fiestas del Casino, y Luz y Damiana, como todas sus amigas las señoras "bien" de Ciudad-Brumosa, tenían su correspondiente localidad para la fiesta.

Cambiados unos saludos y unos elogios a las "toilettes" respectivas, otra vez volvieron a su interrumpida murmuración, a la comidilla aquella, tan sabrosa, del supuesto adulterio de Carmina con el Vizconde. Aho-

ra fué la fiscala, espíritu más ponderado que el de sus amigas—aunque en una "fiscala" resultase un poco paradójico esto de la ponderación—, la que tomó la palabra resueltamente:

—Eso no es verdad. Eso es una calumnia que se inventa contra Carmina, a la que ninguna queremos perdonar que sea más guapa, más atractiva y más elegante que todas nosotras juntas.

—Oye, oye—replicó la Fromeiro, que disputaba a Carmina el cetro de la hermosura y de la elegancia en Ciudad-Brumosa—: el que quieras mucho a Carmina, como la queremos nosotras, no te da derecho a decir que entre todas juntas no valemos lo que una mujer guapa.

—Bien, mujer; retiraré lo que te moleste. Pero de lo que no retiro ni tanto así—opuso Damiana—es de que es una calumnia, y nada más que una calumnia, eso que se vie-

ne diciendo de Carmina y Armentales. Estoy segura. Ya sabéis que, por mi intimidad con Carmina, puedo estarlo.

En realidad, lo estaban todas. En Ciudad-Brumosa—¡menudas eran las de Ciudad-Brumosa!—no hubiera sido posible el secreto de un adulterio. Muchos había, es cierto; pero todos se conocían, hasta en sus menores detalles, aunque todos se disimulaban.

Lo que ocurría era que se trataba de Carmina, la envidiada, y a todas las complacía maltratarla un poco. Por lo demás, bien sabían ellas que entre Carmina y el Vizconde nada grave había ocurrido todavía. Un "flirt", como tantos otros, y nada más. Un juego de miradas y de sonrisas, un juego de palabras veladas e insinuosas. A Carmina, ello sí era cierto, la halagaba la vanidad el que un hombre como el Vizconde de Armentales, con palacios en Ma-

drid, en París y en Londres, con una áurea y vocinglera leyenda de valentía y de galantería, cuyo nombre figuraba siempre en todas las "soirées" del gran mundo cortesano y en todas las "garden-party" aristocráticas, que tantas veces se había sentado a la mesa de los reyes, hubiérase dejado invadir por el amor de Carmina, por el deseo de su belleza, de su altivez y de su elegancia. La vanidad se la colmaba de halago, porque Armentales era el pasmo y la admiración de todas las señoras un poco casquivanas de Ciudad-Brumosa—que eran la legión más distinguida de la ciudad—, y todas ellas hubieran enloquecido de orgullo si el Vizconde, tan visiblemente como a Carmina, las hubiera elegido como objeto de sus preferencias y de sus atenciones. El Vizconde, que a pesar de sus barbas y de sus melenas ya un poco grises, aun sabía—con aquellas manos pálidas y nerviosas, de uñas rosadas

y pulimentadas—domar un potro de sangre y dirigir un sesenta caballos lanzado a ciento por hora, era un prototipo de aristócratas y de mundanos.

Pulcro, atildado, vestido siempre con una irreprochable elegancia de "lord", tenía los ojos fieros y audaces, como los de un guerrero, y los dientes blancos y frescos, como los de una mujer. Narraba con buen donaire las aventuras de sus viajes por tierras exóticas y de leyenda, y hablaba sugestivamente de sus visitas a todos los museos del mundo. Carmina, que había desdeñado magníficamente a todos los tenorios de Ciudad-Brumosa—mineros enriquecidos, currutacos hacendados, caciques de campanario y militarcillos fanfarrones—, sonreía, sin embargo, a las correctísimas insinuaciones de Armentales, llena de orgullo y de inquietud, porque la envanecía que aquel hombre, por quien tantas en Ciudad-Brumosa hubiéranse pirra-

do, se mostrase tan rendido ante ella, ante Carmina, que tan pronto y tan gentilmente sabía sonreírle como desdeñarle, atrayéndole a las veces con una dulce y húmeda mirada de sus ojos profundos y alucinantes, y rechazándole, otras, con aquel señorial y dignísimo desdén que tan bien cuadraba a sus ademanes de reina y a su gesto escultórico de diosa.

En verdad, Carmina no sabía si amaba o no amaba al Vizconde. Se abandonó a aquel juego peligroso porque la parecía cortesano y elegante, porque la pasión de un hombre como Armentales la enorgullecía mucho, y, principalmente, para afirmar más aún el cetro de su soberanía entre las presumidas de Ciudad-Brumosa, para que ellas lo vieran, para que se diesen cuenta de todo, para que se "chinchasen". Pero Carmina, más de una vez, habíase preguntado ávidamente si sería capaz del adulterio. La parecía que no. Siem-

pre supo defenderse del cerco de sus perseguidores, y aunque Armentales era muy superior a cuantos hasta entonces hicieron la corte a Carmina, ella no estaba decidida, por su exaltado orgullo, a ser la querida de ningún hombre.

Y no es que Carmina estuviera enamorada de su marido, no. Ni amor ni consideración siquiera la merecía aquel barbarote con quien la casaron a los veinte años, teniendo él cerca de cuarenta, por la sola y abominable razón del dinero. Todos los sueños amorosos de Carmina, esos dulces y emocionados sueños de las adolescentes, que tienen del amor un sentido poemático, conmovedor y fabuloso, se deshicieron, llorando, sobre la vulgaridad y la grosería de aquel comerciante sin espíritu y sin emoción. Carmina, rota para siempre su vida sentimental, fué madre en tres años de tres hijos rollizotes, que fueron creciendo tan bastos,

tan egoístas y tan insensibles como el padre.

De tanta desventura—y como desde niña fuera muy captable a la terrible seducción de la vanidad—quiso defenderse hallando compensaciones a su espíritu—mezquinas compensaciones—en la admiración envidiosa que su elegancia y su hermosura inspiraba a las mujeres y en el ardiente deseo de amor y de lujuria con que sabía abrasar y enardecer el corazón y la medula de los hombres. Pero nunca pasó de ser una flirteadora, ni nunca creyó llegar a ser una adúltera. Sin embargo, en los años últimos y cuando ya había cumplido Carmina treinta y ocho, advirtió alguna vez, con sobresalto y con delicia, que desvelábase en el lecho, cerca de su marido que roncaba, y se la llenaba el pensamiento de audacias y de disparates, y el corazón de inquietudes, y los nervios de unos estremecimientos misteriosos, de unos estremecimientos ávidos, que la abrasaban

luego en una fiebre de vagos y ardientes delirios eróticos, llenos de una enervadora sensualidad. Carmina, entonces, con sus mismas manos trémulas y ardorosas, escondida bajo el embozo de la sábana, se acariciaba suavemente los pechos, y los muslos, y el vientre; mas como la repugnase el placer que ella misma podía darse, saltaba bruscamente de la cama y solía dirigirse a su saloncito Luis XV, donde estaba el piano, y allí, abismándose en la música, a la que era muy aficionada, interpretaba una romanza sin palabras de Méndelssohn o un melancólico nocturno de Chopin.

Pero advertía que estos músicos de su devoción, estos grandes poetas de la emoción y del pentagrama, más enardecían que aliviaban sus fiebres, y entonces, para que sus labios no se plegasen temblorosos en forma de corazón, como esperando un beso, y para que su cuerpo dejara de estremecerse y de

escalofriarse, cambiaba rápidamente de intención y prorrumpía en cualquier airecillo zarzuelero—*Bohemios* era una de sus zarzuelas predilectas—, mientras cantaba con toda su voz, que no era mucha, para suerte de los que profundamente dormían:

Allá en lo profundo del alma bohemia
se enciende entre besos la loca pasión...

Lo que motivó, así que repitió Carmina la gracia de saltar del lecho a media noche, el que su marido dijese que era una loca que le interrumpía el sueño y el descanso, y que separase su alcoba, que fué a instalar al otro extremo de la casa.

Y ésta era la situación del hogar de Carmina—ansias vagas y vehementes, sueños emocionados y rotos en el corazón de la esposa y constantes gruñidos del esposo (viejo, comodón y tacaño) por las cuentas crecidísimas que le enviaban desde París el perfumista, el modisto y la sombrerera de su mujer—cuando declinó aquel tibio y dorado atardecer de septiembre en el paseo del Arenal de Ciudad-Brumosa, lleno de "parterres" y de árboles copudos, hirviente de corros bulliciosos de señoras, de paseantes endomingados, de desocupados y bebedores en las terrazas de los cafés, que alineábanse a lo largo del paseo, y de novios parlanchines que desgranaban sus madrigales de juventud en torno del quiosco de la música.

Carmina apareció al extremo de la Avenida. Esbelta, erguida, cimbreante, con su andar gracioso y orgulloso, se apareció magnífica y deslumbradora, llena de tentaciones bajo su vestido de tisú de plata, que dejándole al descubierto la espalda estatuaria y los brazos mórbidos y la comba rosada de los senos, la ceñía completamente como una venda en espiral, llena de resplandores argentíferos. La línea elegante y fina de sus

piernas dibujábase bajo la tela rebrilladora, y rebrillaban sus pies menudos, encerrados en zapatos de raso, con flores bordadas en aceros. Un hilo de perlas en el cuello y una pequeña "rivière" de brillantes en la cabellera color de cobre y de caoba, naturalmente ondulada y sedeña, prestaban su oriente y su resplandor a los muchos orientes y resplandores en que Carmina llegaba aureolada. Pero el más gracioso adorno de su "toilette", el más pomposo también, era una enorme ave del paraíso, negra y rizosa, que Carmina, como un airón, como una cimera, como un exquisito y gran alarde de coquetería, llevaba columpiándose sobre su frente.

Carmina, paso a paso, sin perder el ritmo y la elegancia de la línea, con aquella graciosa altivez suya que la hacía tan femenina y tan deseable, se acercó hasta el corro de la Campuzano.

Saludáronla con mucho estrépito de besos

y con mucho aparato de zalemas y de alabanzas. Carmina, presumiendo que se habría murmurado de ella y del Vizconde como todas aquellas tardes, gozó con voluptuosidad su triunfo, y tras contestar efusivamente al saludo de Damiana, su única amiga verdadera, sentóse displicentemente en el corro. Todas, un momento, guardaron un silencio difícil.

En el cielo se habían ya incendiado las estrellas, y los arcos voltaicos llovían su luminosidad sobre los "parterres". La noche era tibia y armoniosa, llena de aromas y de halagos. Un vals romántico llegaba perezosamente desde el quiosco que alzábase en el centro del Arenal, y hervían de contertulios las terrazas de los cafés. Saltaban las risas en los corros, entre grupos de mujeres descotadas y vaporosas, y en los rincones más umbríos la emoción de los enamorados se embriagaba de misterio y de poesía.

Carmina reclinó su cabeza sobre el respaldo de mimbre de la silla, y clavó sus ojos profundos en la lumbre lejana de una estrella. Aspiró con avidez lenta y honda su propio perfume, que ascendía de sus pechos hasta sus labios confundido con la enervadora delicadeza de los perfumes de Coty, y un instante pareció ensimismada y trémula, toda rebrilladora y fragante bajo aquella enorme ave del paraíso, que era como una gran interrogación sobre su frente...

II

—Mira, Carmina, yo vine del Casino para dormir, no para que tus monsergas ahuyéntenme el sueño. De forma que esperas a que yo me acueste y me duerma, y luego puedes tocar hasta romperte las manos, que una vez dormido ya no me despertarás.

Era don Froilán Rebolledo, el cincuentón y apoplético marido de Carmina, quien acababa de pronunciar aquellas palabras desabridas.

—Yo también voy a acostarme, Froilán. No gruñas tanto. Es que quise recordar la pieza de Grieg que han tocado en el concierto. ¿No te gusta Grieg?



—A mí no me gusta ese señor, ni el concierto, ni tú. A mí me gusta la formalidad; ¿estamos? Mejor que tanta pamplina, valiera el que te fijases más en lo que gastas.

—¡Ya salió aquello, hombre! — suspiró Carmina.

—¡Salió, salió! — refunfuñó don Froilán—. ¿Tú crees que está decente ni bonito el que para que tú vayas envuelta en papel de plata, como las libras de chocolate, gaste yo lo que no debo? ¿Viste en el concierto alguna otra vestida de payaso como tú? Pocas habría, ¿no? Y eso que muchas tienen también capital.

—Bueno, Froilán, bueno; hasta mañana.

Y Carmina, tras cerrar el piano perezosamente, atravesó su saloncito Luis XV y se dirigió a su alcoba.

En dirección contraria fuése hacia la suya don Froilán, rezongando por el pasillo.

Ya en su habitación, sonrió más tranqui-

la. No podía soportar la presencia ni la palabra de su marido, de aquel marido incapaz de comprender la elegancia y las fastuosidad de las mujeres. Con una aldeanota de corpiño y de refajo, con una zafia cualquiera, tendría él bastante para sus apetencias amorosas, y aun sería dichoso en tan grosera compañía, pensando en el ahorro, aunque ella se le ofreciese envuelta en una camisa áspera y morena, que no se mudara casi nunca.

Y Carmina, sonriendo despectivamente a la plebeyez y a la tacañería de su marido, abrió las tres grandes lunas de la "coqueta" de su alcoba y se admiró espléndida, "royal", maravillosa. Toda su figura, triplicada en los espejos, destellaba, armoniosa y rítmica, bajo la tela plateada, ajustada y esplendente.

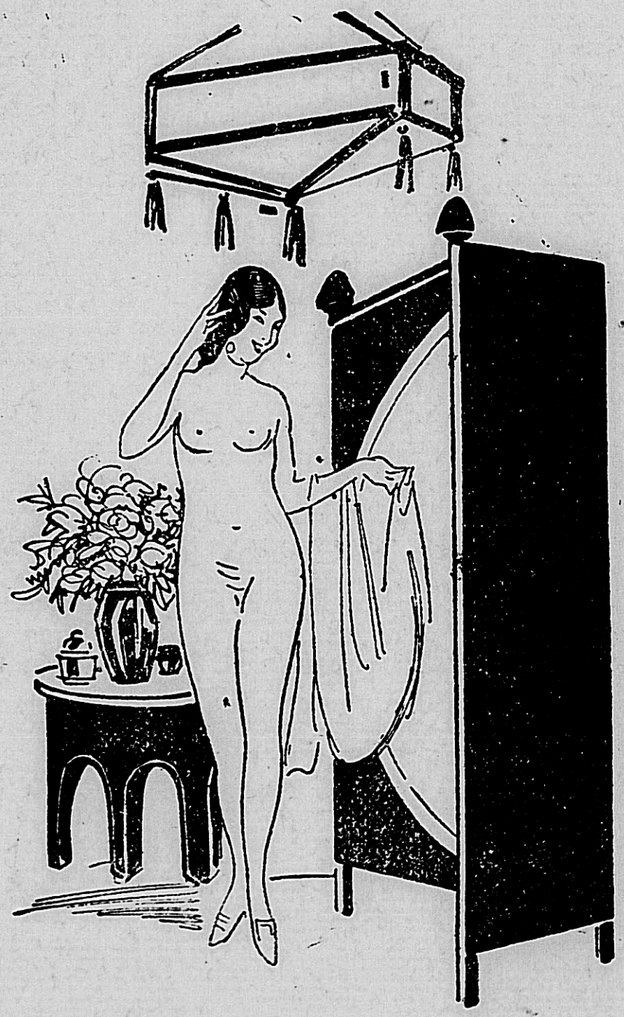
Del techo de la alcoba, y al extremo de un grueso cordón de seda recubierto de rosas

menudas y artificiales, pendía una gran lámpara de telas transparentes y de encajes rizados y pomposos. La luz, tenue, llovía en colores pálidos sobre la hermosa figura de Carmina, arrancaba destellos débiles a la policroma tapicería de las butaquitas Imperio, de los almohadones de la "chaise-longue"; resbalaba en los brillos de ébano del primoroso "secretaire" y en los brillos de caoba de gran armario-ropero, lleno de lunas biseladas, como aquella gran "coqueta" de su mismo estilo, y parecía remansarse con voluptuosidad, desmayada y extenuada, sobre el lecho amplísimo de Carmina, bajo y muelle, todo él de cristal con menudas labores de bronce, tentador y propicio, recubierto por una colcha color de oro...

Carmina volvió a sonreír ante los espejos, y procedió a desnudarse lentamente, sin cesar de mirarse y de admirarse. Poco a poco fué apareciendo más libre de telas sobre

su cuerpo. Ahora, tras desceñirse el leve y primoroso "soutien", que esplandió un leve y embriagador aroma por la alcoba—esencias de perfumería y esencias de la carne de Carmina—, quedó un momento quieta, con un guiño de inconsciente picardía en los ojos, viéndose tan "cocotesca" y tan graciosa. Jamás Narciso, contemplándose en el agua clara de las fuentes, se había complacido tanto como Carmina ante el espejo. Su carne, tersa y rosada, transparentábase bajo la finísima batista de su camisa "mignón", de un color amatista claro, como los "culottes" que ceñían sus muslos y las medias que ceñían sus pantorrillas. Desnudo el pecho hasta la excitante hendidura de los senos, veíaseles, bajo el leve tejido de la tela, palpitar iguales y firmes, separados y redondos, vibrátiles y erectas las extremidades, como dos botones de rosas...

Quedó por fin desnudo, completamente



desnudo, el cuerpo bellísimo de Carmina, con la blancura de los cisnes y de las hostias, y ella, entonces, por un pudor instintivo y súbito, cruzó los muslos para borrar del espejo aquel rizado remolino obscuro, que alzaba el sexo en el triángulo alucinante y pagano de los muslos con el vientre, y tomó de sobre el lecho un amplio y blanco camisón que se vistió en seguida. Todo abotonado, con espumas de encajes en el cuello y en los puños, el camisón borró honestamente los contornos de las desnudeces de Carmina. Deshizo graciosamente su peinado, y cayeron los grandes bucles cobreños sobre los pliegues largos y blanquísimos. Carmina se despojó de sus alhajas y guardó cuidadosamente en su "écrin" el hilo de perlas de su garganta y la "rivière" de brillantes que ceñía las ondas de sus cabello, y la perla y la esmeralda con que enjoyaba los preciosos anulares de sus manos.

Buscó luego una cofia y se tocó con ella. Pero aquella gorrita de puntillas, con su gran lazo azul, la daba un aspecto excesivamente infantil y bobalicón, como una gran "poupée" de bazar. Carmina se gustaba más con la cabellera al aire, cayéndola como en una cobriza cascada por la espalda, y lanzó la cofia de sí. Tenía gran interés en aparecer muy hermosa aquella noche. Muy honesta también, y por eso cambió su atrevidísima camisa amatista por aquel camisón irreprochable. Armentales tenía su casa vecina; el mirador de su alcoba daba frente por frente del de la habitación donde Carmina se encontraba, y ella, por su intuición de mujer, sabía que el Vizconde la avizoraría.

Abrió su armario y eligió entre sus saltos de cama el que la pareció más sugestivo. Se envolvió en aquellas blondas rosadas, calzó unas chinelas morunas y se encontró incitante y elegante en aquella "deshabillé". Fué

luego hasta la cabecera de su lecho; encendió sobre la mesilla de noche una menuda lámpara, en cuya roja pantalla reían caprichosamente zagalas con faunos y nereidas con cupidos, y apagó la gran lámpara central. Quedó la habitación bañada suavemente en una luz bermeja y tentadora. Luego fué Carmina al mirador, abrió de par en par las persianas y las vidrieras y se apoyó en la balaustrada.

La calleja, hundida en silencio y en soledad, dormía perezosamente bajo el apagado resplandor de las estrellas. En la noche obscura y provinciana nada se veía ni se oía. Pronto, sin embargo, advirtió Carmina que Armentales la espiaba. La lumbre del cigarro del Vizconde, como una menuda rosa de fuego, le delató a los ojos de Carmina.

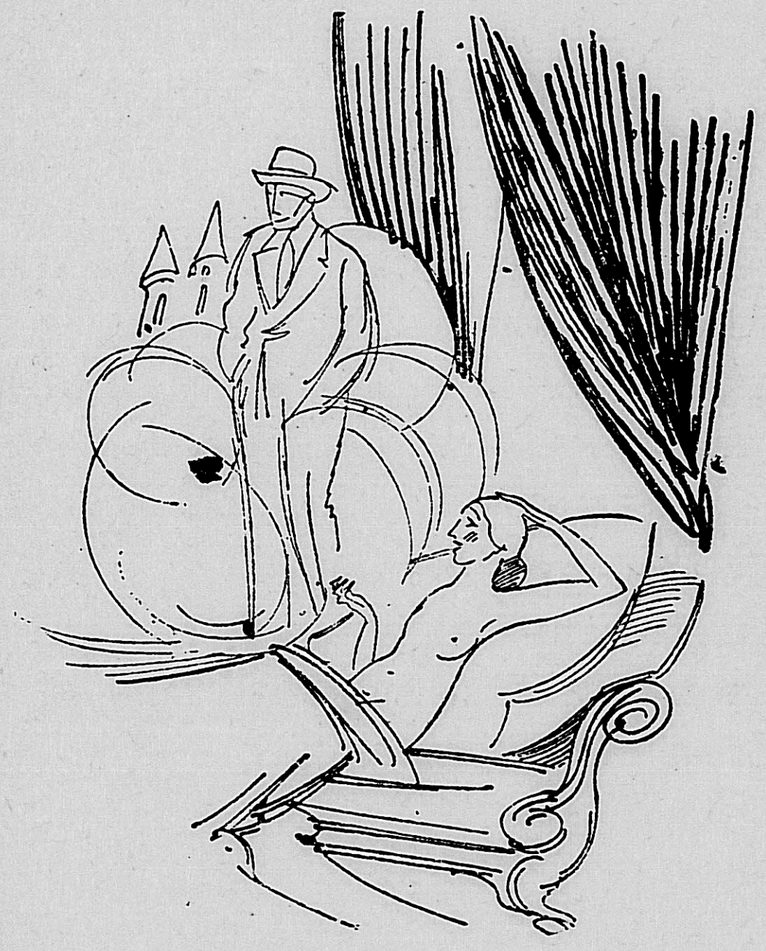
Pasó mucho tiempo así. Carmina sentíase invadida de un sentimiento extraño y penetrante, y se embriagaba con los aromas y el

misterio de la noche. Pensó en su marido y en Armentales, y rebelóse un poco contra su propia fidelidad conyugal, aquella fidelidad de Carmina, resignada y de costumbre, que principiaba a parecerla estúpida. Armentales era el blasón; las rentas, fabulosas, y el mundanismo aristocrático. Era el viajar regalonamente a través del mundo entero. Era el castillo roquero y señorial, el parque y el palacio cortesanos, el proscenio en los teatros más famosos de la tierra, y la cacería con monteros de rojas casacas y jaurías de veloces alanos, a la que asistían príncipes y reyes. Era todo aquello que Carmina había deseado tan ardientemente en sus sueños de megalomanía y en sus anhelos de fastuosidad. Y Carmina, hundiéndose en añoranzas melancólicas, recordaba ahora los alegres años en que su paisano Armentales—que entonces no era sino un "perdido" cargado de trampas y de blasones — la cortejaba y la

perseguía. Ella prefirió, a los timbres con pobreza del Vizconde, la plebeyez acaudalada de don Froilán, y Armentales huyó románticamente de Ciudad-Brumosa, y recorrió como un aventurero el mundo, y casó con una multimillonaria yanqui, que le dejó al morir por único y universal heredero. Mal recuerdo debió conservar de Ciudad-Brumosa Armentales, porque apenas si volvió muy efímeras temporadas, y prefirió la vida de Londres y de París, donde su nombre sonó mucho en los escándalos galantes de las actrices y las "cocottes" y las cancionistas más célebres del mundo. Era ahora—el Vizconde sentíase quizás un poco cansado y viejo—cuando sus estancias en Ciudad-Brumosa—en aquella casa antañona y solariega, llena de vejez y de orgullo—eran más permanentes. Y ahora también cuando Armentales, que parecía olvidado de Carmina para siempre, había vuelto discretamente a per-

seguirla. Pero ¿qué podría ser aquel sentimiento de Armentales? ¿Un amor verdadero? ¡Oh! ¡Carmina sería capaz entonces de abandonarlo todo para seguirle hasta donde él quisiera!... ¿Un recuerdo sentimental, que traía tardíamente un lejano deseo de la juventud? No valía la pena. Estos deseos y estas vehemencias de la juventud, si no se satisfacen oportunamente, deben abandonarse para siempre... ¿Un capricho más en la vida de un seductor experto y mudable? El orgullo de Carmina se rebelaba indómito y terrible... ¿Qué podría ser aquel sentimiento de Armentales?...

Y Carmina clavaba sus ojos profundos en la profunda noche, y adivinaba en el sombrío mirador frontero la anhelante silueta del Vizconde, y el pecho se la henchía de suspiros, y se la ahondaba el cerco morado de los ojos, y llenábase de ansias y de vehemencias incomprendidas, y alzaba luego



su cabeza, su hermosa cabeza veneciana, hacia el cielo indiferente e impenetrable, en una desesperada interrogación a las estrellas.

Carmina sintió como un deseo de llorar, como un deseo de arrepentirse, no sabía si de aquellas ideas de amor y de sensualidad, que tan dulcemente la invadían, o de aquella estúpida fidelidad al villanote de su marido.

Cerró las vidrieras y se fué hacia el lecho. Acostada ya, y estremecida por la fresca caricia de las sábanas, otra vez sintió la congoja incipiente del llanto, y tuvo que tomar su precioso pañuelo de encaje para secarse con emoción una lágrima. Mas pronto se rehizo y sonrió, estremeciéndose, a las zagalas que reían con los faunos y a los cupidos que reían con las nereidas, en la roja y luminosa pantalla del quinqué...

III

¿Cómo había sucedido aquello? La propia Carmina no acertaba a explicárselo. Mas lo cierto es que encontrábase allí — en aquella mañanita gris y desapacible, de otoño del Norte, y en aquella miserable casuca de artesanos—esperando la visita clandestina de Armentales.

La noche anterior, en una cachupinada del Casino, se pusieron rápidamente de acuerdo. Fué una resolución súbita, enérgica, impaciente, de Carmina. Llevaba dos o tres noches desvelándose con el recuerdo de Armentales, como sintiéndole cerca de sí en el silencio grave y nocturno, deseándole un

poco, tal vez, y decidió no seguir esclavizada por más tiempo a los sociales prejuicios que la ataban para toda la vida, dócil y desdichada, a la ordinariez de un marido tan antipático.

Un momento que pudo cogerla a solas, la dijo Armentales en el Casino:

—Necesito verte, Carmina; necesito que hablemos seriamente. Puedes fiar en mí: ya lo sabes; pero necesito verte. Mira que es muy serio lo que tengo que decirte. ¿Quieres que te espere, mañana mismo, por ejemplo, muy temprano, a las siete en punto, en mi finca de los Pomares? Nadie sabrá nada, te lo juro.

Carmina sintióse llena de anhelos, como tantas veces, y, por primera vez en su vida, llena de resolución.

Pero los Pomares no la parecía lugar a propósito. Era necesario el automóvil, y ello, al regreso, despertaría la curiosidad entre

los desocupados de Ciudad-Brumosa. Y Carmina recordó entonces la casuca de Teresona, nodriza que fué de Carmina, y que ahora dedicábase a lavar, dueña de una humilde casita de los arrabales, cerca del río, alejada y sola, y tan escondida que para ver quién salía o entraba en ella era preciso seguir al espiado muy de cerca.

—No se atreverán a tanto—pensó Carmina decidiéndose. Y continuó, ruborizándose un poco y encarándose con Armentales:

—No; en los Pomares, no.

—¿Pues dónde entonces, Carmina? ¡Dímelo, por la Virgen de los cielos!

—Mira. ¿Tú sabes la casa de Teresona, la que me crió, en los arrabales de San Blas?

—No, pero preguntaré discretamente.

—¿Te volviste loco? No preguntes a nadie. ¿Tú sabes, en el arrabal, la casa de Juanón, el que compone las carretas? ¿Tú sabes un caminín de herradura que tira para el

río? Pues le sigues todo derecho, y allí, tras de una alameda, está la casa de Teresona. Yo te esperaré a las siete en punto mañana, para que me digas eso tan serio que quieres decirme. Pero para eso solamente y sin otra mala idea, ¿verdad?

Armentales, radiante de júbilo, iba a contestar una gentileza, cuando otras personas se acercaron hacia ellos, obligándoles a interrumpir el diálogo.

Y la noche había pasado, toda llena de sueños para Carmina, y apenas eran las siete de la madrugada y ya estaba Carmina allí, sin explicárselo bien todavía, esperando al Vizconde, en la casuca de Teresona.

Era una mañana fría, de cielo bajo y plomizo. En la alameda se quejaban los pájaros, barruntando el invierno, y por los caminos blancos, ondulantes, chirriaban quejumbrosamente las carretas. Pasaban muchas, todas con aquel chirrido largo y estridente y sus

parejas de vacas bermejas y pequeñitas. Un mocetón cantaba:

Qué bien parece un carrero
con la guiada en la mano,
con el cigarro en la boca
y al pie de la rueda el carro.

Pero donde las canciones de musa deliciosa y aldeana, ingenua y entrañable, se sucedían pintorescas y evocadoras, era en la parte del río, poco más abajo de la casa de Teresona, donde las lavanderas entretenían con las coplas la fatiga de su oficio.

Si te dan chocolate,
tómalo, boba,
que la reina de España
también lo toma.

Y un poco más allá, en el grupo multicolor y alegre de aquellas mujerinas ruidosas:

Carmencita, tu corpiño
tiene muy galán el corte,
dime con el pensamiento
con cuántos dormiste anoche.

La voz de un zagal cantó clara y cadenciosa:

Cuando salí de Cabrales
lloraba una cabralera.
Ella lloraba por mí
y yo lloraba por ella.

En la puerta de la casuca sonaron unos golpecitos nerviosos. La misma Carmina fué a abrir, con súbito sobresalto, porque Teresona fuése al río muy de madrugada, llevándose discretamente a sus dos netezuelos, toda su familia en este mundo.

Apareció Armentales. Llegaba anheloso y pálido. Con una artificiosa y estudiada emoción de seductor profesional, quedó como suspenso y trémulo ante Carmina. Ella se turbó mucho, aunque procuraba rehacerse, y quedó como petrificada, mirando distraídamente, por no atreverse a mirarle a los ojos, la perla rosa que lucía en la corbata de Armentales.

Toda de negro vestida, con su trajecito "tailleur", cerrado hasta cerca del cuello, y su velito de encaje envuelto graciosamente a la cabeza, la palidez de Carmina era extraordinaria y alarmante.

El Vizconde cerró la puerta con llave y se volvió rápidamente hacia Carmina. La tomó frenéticamente por la cabeza, cruzando sus manos en la nuca, y la besó en los ojos y en la boca.

Carmina, que tenía una idea más novelesca del adulterio y que creyó que aquél sería el primer capítulo de una historia larga de amor, en la que no se llegaría a la posesión tan atropelladamente, no pudo reprimir un gesto de sorpresa y de repulsa.

—¡Perdóname, Carmina, perdóname!—suspiró Armentales, sin dejar de abrazarla amorosamente—. ¡Soy un gañán, soy un miserable, soy un canalla! ¡No he sabido respetarte, Carmina! ¡Pero te adoro, Carmi-



na; te adoro desde siempre, desde toda mi vida, y no he sabido resistir la emoción de este momento!

Carmina, sensible al acento en que Armentales la hablaba con tanta calidez, y sensible a la dulce presión de sus brazos, se sintió invadida de un deseo irrefrenable, y apoyó su cabeza, como desmayándose, en el hombro del Vizconde.

El volvió a besarla con transportes frenéticos y ardorosos.

—¡Carmina! ¡Carmina mía!...

Sus manos, expertas y audaces, fueron desabrochando, temblorosas y ávidas, el vestido honestísimo de Carmina. Abandonada del todo, ella no supo oponerse y se dejó conducir hasta el camastro de Teresona. Allí cruzó sus brazos sobre la cara, para no ver cómo Armentales se despojaba de su elegante traje gris.

Sintió que la separaban los brazos y sintió

unos labios de fuego en los ojos, en el cuello, en los senos, en la nuca... y en la boca, por fin...

Los devolvió locamente, con una avidez que la abrasaba, y tremó su cuerpo magnífico, sobre el camastro de Teresona, de placer y de sensualidad.

Con el chirrido de una carreta, entraron los versos de una copla:

Fuime a cortexar a Fano,
a casa de la Temprana.
Por mucho que madrugué
amanecióme en la cama.

Luego, silencio. Un silencio interrumpido de vez en cuando por los besos abrasados de Carmina, que jadeaba sensualmente en los brazos temblorosos de Armentales...

IV

¡Oh, qué rabia, qué indignación, qué orgullo tan castigado el de Carmina! ¿Era aquello un aristócrata? ¡Qué asco! ¡Qué asco!...

Durante algunas semanas se vieron frecuentemente en casa de la Teresona. Pero aquel miserable cobijo acabó por repugnarles un poco, y como al fin todo vino a descubrirse y las relaciones de Carmina y el Vizconde fueron el secreto a voces en Ciudad-Brumosa, decidieron verse en la finca de los Pomares.

Carmina se abandonó imprudentemente a su franca situación de adúltera, y como su

marido, tal que un filósofo escéptico, parecía encogerse de hombros ante aquel escándalo que sonaba con sordina en toda la ciudad, llegó a suponerse dichosa, viéndose tan envidiada de todas "aquellas cursis" y amada tan rendidamente por Armentales.

Pero un día desapareció de Ciudad-Brumosa el Vizconde. Carmina supo después, por la servidumbre del palacio, que su amante había marchado a Inglaterra, donde pasaría el invierno.

Aquello fué para Carmina, que un día y otro día inútilmente esperó noticias de Armentales, la tremenda revelación. Todo había sido una burla, una ridícula comedia. Carmina era un número más, sólo un número más, en la lista de amantes del Vizconde.

Rabiosa, humillada, ardiendo en ira y en despecho, Carmina apenas si salía a la calle, para no ver a su paso, enrojeciéndola y abrasándola la piel, aquella sonrisa como un cu-

chillo de fuego con que sus amigas celebraban el fracaso y el escarnio de la aventura de Carmina.

Ciudad-Brumosa llegó a serla insoportable. Fuera como fuera, y costase lo que costase, había que salir de allí. La murmuración, la piedad denigrante y fingida, la risa solapada, el chiste afrentoso, zumbaban en torno de Carmina a todas horas.

Sabía que la Campuzano, en los corros del paseo del Arenal y en los divanes del café Royalty, había preguntado algunas veces:

—Pero ¿y Carmina? ¿Tampoco hoy la visteis? Yo la tengo lástima. ¡Ha de sufrir mucho la pobre vizcondesa viuda!

¡La vizcondesa viuda! ¡Ya tenía hasta mote! ¡Un mote ingenioso y vergonzoso, que a todos haría reír!... Carmina estaba resuelta. Fuese como fuese, había que salir de Ciudad-Brumosa.

Y entonces apareció, reapareció, mejor

dicho, un personaje interesante. Era Carlos Albañeda, el minero más rico del contorno, hombre de gran audacia comercial y de gran instinto para los negocios, que durante la gran guerra habíase amasado una fortuna muy cuantiosa. Estaba acostumbrado Albañeda a conseguirlo todo por su dinero, y desde años atrás deseaba ardientemente a Carmina. De cuna obscura y artesana, Albañeda veía en Carmina la superioridad de una raza señoril, y aunque sus pingües rentas le habían colocado en un plano social muy superior al suyo y le permitían tutearse con lo más aristocrático de Ciudad-Brumosa, siempre miró a Carmina como algo muy delicioso, muy exquisito y muy deseable, que se perdía en las cumbres de lo intangible. Más de una vez había soñado con que el bárbaro de don Froilán se arruinase — cosa difícil, dadas las características del tipo—, para poner a disposición de Carmina el dinero que

fuese necesario, si ella, en cambio, le concedía la intimidad de una sola noche.

La huída de Armentales había envalentonado un poco a Carlos, hombre inteligente y comprensivo a su manera, y desde entonces, con toda audacia, redobló su persecución a Carmina.

Ella, ¡ella misma, gran Dios!—Albañeda creyó desplomarse de júbilo—, fué quien le llamó una tarde a su casa y le dijo sin rodeos:

—Mira, Carlos: estoy tan loca, tan loca, que si me llevas a Madrid, me voy contigo.

—Comprendo, Carmina, comprendo — se atrevió a balbucir Albañeda—. Y como te quiero bien, además de comprenderte, te disculpo. ¿Cuándo quieres ir a Madrid?

—Cuanto antes. Si me das tiempo a pensarlo, ya no iría nunca.

—Pues no será medida tu boca, Carmina. Tienes a tu mandar mi talonario de cheques.

—No hace falta. Tú te vas en el tren de la mañana y yo saldré en el de la tarde. Pero ha de ser mañana mismo. ¿Comprendes? En el "Palace" nos reuniremos. Y vete en seguida, Carlos. ¡No me des tiempo a arrepentirme!

Albañeda salió precipitadamente. Ya en la escalera se rehizo de su turbación y sonrió como pudiera sonreír un César de la Roma antigua.

—¡Ah, mundo, mundo! — murmuró —. ¡Por dinero baila el perro!...

Carmina, desencajada, impaciente, como en un rapto de vehemencia, fué en busca de don Froilán. Le encontró haciendo cuentas.

—Froilán: vengo a decirte que me voy— exclamó secamente Carmina, en pie frente a su marido.

Sin levantar la cabeza, repuso don Froilán con tono áspero:

—¡Mismo ahora quisieran verlo mis ojos,

condenada! ¿Aun tienes vergüenza de venir donde mi cuarto a molestarme?

—Ya lo sabes, Froilán. ¡Me voy para siempre!

Don Froilán alzó los ojos, y viendo el gesto de resolución de Carmina, agregó:

—¿Y cómo no hiciste ya los baúles y compraste el billete del ferrocarril, mujer? ¿No sabes que a mi lado no te quiero? ¿No sabes que no pudiste darme mejor noticia en el mundo? ¿Que hasta los rapaces búrlanse de mis cuernos y de mi poco arranque para aplastarte como a un animal dañino?...

—¡Que seas feliz, Froilán! A mis hijos no me atrevo a verlos.

—¡A tus hijos!... ¿Pero eres tú la madre de esos críos, a quienes ves un minuto cuando vienen de la escuela?

—Bueno, ya lo sabes. ¡Mañana me marcho, y hasta nunca!

—Puedes contar con lo que necesites para la posada, pero nada más que para eso.

—No necesitaré n i u n céntimo tuyo, Froilán.

Los ojos de don Froilán destellaron de alegría. "¡No necesitaré ni un céntimo tuyo!" Aquella frase le cantó en el alma. ¡Que se fuera, que se fuera cuando quisiese aquella "lagartona", que le estaba arruinando con sus vanidades, y que le dejasen tranquilo de una vez con sus operaciones de préstamo, con sus compras de molinos, con sus depósitos de carbón y con el amor humilde de aquella Isabelona—la querida y la cocinera de don Froilán—, que tan a su gusto le cuidaba y tan poco dinero le pedía!...

Carmina se dirigió a su alcoba. Allí se emocionó un poco mirando aquellos muebles, tan suyos, que acaso no volvería a ver... Pero la duró un instante. Y con una atropellada actividad de histérica, muy pálida y con los ojos muy relucientes, principió a desocupar el armario y a llenar de ropa los baúles.

Sedas, rasos, telas de gayos colores, paños obscuros, trajes áureos y argentíferos, cintas, blondas, todo fué rapidísimamente al fondo de los baúles voraces, que abrían sus grandes bocas entre una gran fila de sombrereras de cartón y un buen número de paraguas sedeños y de sombrillas multicolores.

La avisaron para cenar y rehusó:

—Dígale al señor que tengo jaqueca.

Fuése la criada, y Carmina continuó febrilmente amontonando ropa en los baúles.

Luego, como extenuada, dejóse caer en la "chaise-longue", con el cuerpo rendido y los brazos laxos y la mirada perdida en unas perspectivas remotas.

Después—¿cuánto tiempo después?—apagó las luces y salió al mirador. Caía una lluvia menuda, en la noche negra, y aquel frescor acarició la frente de Carmina, que se abrasaba en la fiebre.

Carmina miró con odio hacia la casa de

Armentales, hacia aquel mirador frontero, evocador y maldito. La vieja casona, de piedras renegridas y resquebrajadas, con aquel panzudo mirador superpuesto y aquellos antiguos balcones voladizos, con sus torres almenadas y sus escudos nobiliarios y el arco románico de su zaguán, era una mole obscura y tétrica, pavorosa y formidable, que se alzaba en la noche con un gesto de desolación, de tristeza y de abandono, bajo la lluvia...

V

Corría el tren por las gargantas del Puerto de Pajares. La lluvia con que el cielo de Ciudad-Brumosa despidió llorando a Carmina, caía sobre el Puerto también, en hilillos tenaces y casi imperceptibles. Era una lluvia menuda—que en Asturias llaman "orballo", y en las vascongadas "sirimiri", y "calabobos" en Castilla—, pero terca, insistente, angustiadora.

Carmina, a través de los cristales del vagón-restaurant que la llevaba hacia Madrid, miraba melancólicamente cómo la noche se llegaba sobre las nevadas cumbres, y las cañadas hondas, y los barrancos medrosos, y

los rocosos vericuetos. Siempre había mirado al Puerto de Pajares con un poco de terror. Desde muy niña había escuchado muchas historias de caminantes perdidos entre aquellas nieves, de hombres devorados por los lobos entre aquellos breñales, y de afamadísimos cazadores de osos que desafiaban por aquellos montes espesos a la muerte y a las fieras, sin más que un valiente corazón bajo el pecho descubierto y velludo, y un cuchillo de buen temple en la mano agresiva y hercúlea.

El Puerto de Pajares, en el atardecer lluvioso y triste, aparecíase a Carmina lleno de pavor y de soledad, como una gran comarca llena de melancolía y de devastación. Una copla popular lloró en sus recuerdos:

Caminito del puerto
no pasa nadie,
¡sólo polvo y arena
que lleva el aire!

Tan ensimismada en sus pensamientos se encontraba, que no advirtió que apenas si quedaba alguien en el *restaurant*. La cena había terminado hacía más de una hora, y sólo dos caballeros, en la mesa de enfrente, permanecían allí, pendientes de la belleza de Carmina.

Estaba hermosa de veras. Ceñido el cuerpo armonioso en los irreprochables primores de su traje de viaje, a cuadritos menudos y grises, y graciosamente encasquetada su airosa gorrita, de plumas grises también. Los bucles caobeños de Carmina contrastaban con sus moradas ojeras, y la palidez profunda de su semblante con el fresco y rabioso carmín de sus labios y con el brillo febrisciente de sus ojos.

Ahora corría el expreso por tierras leonesas y aproximábase velocísimamente a la vieja y evocadora ciudad. Entre las lucecillas distantes, que guiñaban en la noche como

formando un remanso refulgente, destacábanse, severas, bellas y sugeridoras, las torres y las cúpulas, las agujas y los cimborrios. Allí, la incomparable catedral gótica leonesa, de tan purísimo trazado y tan elegantísima fábrica, la más alta gala de su estilo y monumento el más portentoso de nuestro siglo XIII; allí, la bizantina y sorprendente basílica de San Isidoro, y allí, la estupenda iglesia de San Marcos, llena ya de las influencias platerescas del Renacimiento, y templo el más ilustre de la ciudad, por haber servido de cárcel a las desdichas de aquel gran Don Francisco de Quevedo y Villegas...

Carmina advirtió la presencia en el restaurant de aquellos dos caballeros con aire de "conquistadores"—¡oh, cómo odiaba Carmina a los "conquistadores"!—y fuése displicentemente, bamboleándose un poco por los bruscos movimientos del tren, hacia su

"vagón-lit", que hallábase muy distante del restaurant.

Recorrió algunos coches y llegó a su litera. Pero no tenía sueño. Tenía fiebre y tristeza y un mal presagio en el corazón. Prefirió, en vez de echarse a dormir, apoyar su ardorosa frente en la tersa frescura del cristal y clavar su mirada en el paisaje. Poco a poco fué haciéndose menos montañoso y accidentado, y poco a poco fué allanándose, corriéndose hacia el horizonte, tendiéndose amorosamente. Aparecieron por fin los llanos ascéticos y heroicos de Castilla, los llanos de los místicos fervorosos y de los invencibles barraganes—sayal de Teresa, armadura de Rodrigo—, los llanos del romancero, las incomparables y gloriosas llanuras castellanas...

Plateaba la luna todas las cosas; una luna que por el horizonte había aparecido bermeja y enorme, como una luna de tragedia, y

había ascendido amarilla, como una luna de dramáticos augurios, y brillaba ahora toda blanca y amorosa y redonda, sobre los rebaños y los hatos pastoriles, como una luna sosegada y buena, de églogas llenas de paz y de escenas llenas de idilio...

Carmina, deshecha por aquella crisis de nervios que principiaba a abandonarla, se sintió como molida y quiso descansar unos momentos. Se encerró en su litera; cambió maquinalmente su trajecito de viaje por un auténtico "pyjama" japonés y se tendió en el lecho. Pasados unos instantes, Carmina advirtió que se dormía. Se abandonó a aquella dulzura y pudo dormirse, al fin...

...¡Madrid! ¡Madrid!... El revisor la despertó solícito.

Con sobresalto, Carmina abandonó el lecho y volvió a cambiar su "pyjama" por su traje de cuadritos menudos y grises. Se lavó cuanto pudo, se perfumó un poco, y apenas

parado el expreso bajo la marquesina de la estación del Norte, vislumbró a Carlos Albañeda, que corría en su busca.

—¡Por aquí, Carmina, por aquí!

Dos mozos cargaron con el equipaje y lo transportaron al automóvil del hotel.

Era una de esas mañanas madrileñas de cielo limpio y azul y de sol claro y jaranero, que tanto halagan al pensamiento y a los sentidos. El paseo del Prado, con el castizo y glorioso prestigio de sus museos y de su tradición, cantaba de serenidad y de gozo por los alegres surtidores de sus fuentes.

Llegaron. Carmina estaba muy turbada, y Albañeda no cabía en sí de orgullo. Tras de ofrecerla el brazo al subir las tapizadas escaleras de la entrada, Carlos se fué derechamente hacia el ascensor.

—¿Pero vamos a encerrarnos ya, Carlos? —preguntó Carmina desfalleciendo.

—Vamos a hacer, ahora y siempre, lo que mandes tú, Carmina.

—Es que antes quisiera tomar algo, beber alguna cosa—replicó muy pálida y sin saber qué decir.

—¡Pues ahora mismo! ¿Qué quieres? ¿Champán?

Albañeda, desde que era rico, ofrecía "champagne" a todo el mundo y a cualquier hora del día o de la noche.

Carmina, sonriendo, repuso débilmente:

—No, hombre, no. Algo caliente, mejor.

—¿Una sopa con jerez?

—Mira, sí; jerez y unos bizcochos acaso no me sentarán mal.

En realidad, Carmina no sabía qué pedir ni qué podría apetecerla. Era el azoramiento, lo difícil, lo violento de la situación.

—Pero en el "hall", no, Carlos. No quiero entrar en el "hall". Tiene muchos recuerdos para mí.

Ni siquiera en aquel momento supo Carmina renunciar a sus pretenciosos provincia-

nismos. Aquel "hall", al que había entrado rara vez en sus escasos viajes a Madrid, a la hora del te y siempre con alguna amiga provinciana, ni tenía ni podía tener recuerdos para Carmina.

—¿Quieres en el comedor, entonces?—preguntó Carlos.

—No; tampoco en el comedor.

—¿Que nos lo sirvan en el cuarto?

—¡Qué horror!

—Pues, hija, como no quieras entrar en el "bar" americano...

—Muy bien; eso sí. ¿Dónde está el "bar" americano?

—Pues aquí mismo, a tu izquierda; míralo.

Unos cuantos trasnochadores, borrachos y ruidosos, hablaban de mujeres y de desafíos. Con ellos bebían unas tanguistas pintarrajeadas.

—¡Sácame de aquí, Carlos! ¡Sácame de

aquí en seguida!—suplicó Carmina, horrorizándose.

El ascensor les dejó en el segundo piso. Avanzaron por un largo pasillo, de "parquet" muy encerado y brillante, y Carmina tembló mirando aquellas puertas obscuras y fuertes, en espaciada hilera sobre el tono claro de las paredes, como grandes lápidas que esperasen en los muros de un cementerio la mano que había de grabar los nombres de los difuntos.

Carlos se paró frente a una de ellas. Abrio con su llavín y exclamó emocionándose:

—Pasa.

Entró avergonzándose Carmina. Era una habitación confortable y clara. Alfombrada de un terciopelo color naranja pálido, como las cortinas del balcón, lucía en el centro de la estancia una gran cama de matrimonio, de claras maderas, y dos grandes armarios a los pies, del mismo estilo, con tres lunas cada uno.

Sendas butacas de tapicería a los dos lados del lecho, una mesa de vestir en un rincón, una meridiana en otro, dos sillitas manuables y una mesita-escritorio completaban el mobiliario, en el que también echábase de ver gran cantidad de timbres y de aparatos de luz y un teléfono a la cabecera de la cama.

Sobre el escritorio, y en un gran búcaro de Manises, se desangraban unos ramos de rosas.

—Las rosas y el búcaro te los he comprado yo, Carmina. He querido tener esta delicadeza...

Y Carlos sonrió satisfecho, esperando una respuesta amable.

Carmina, como una sonámbula, fué hacia la habitación vecina, que comunicaba con la alcoba. Se asomó. Era un espléndido cuarto de baño.

—Estás desencajadísima, vida mía—suspiró Albañeda—. ¿Por qué no descansas un momento?

—Es verdad, Carlos; te juro que estoy medio muerta...

—Pues anda, Carmina, acuéstate...

—Pero ¿así? ¿Con tanta luz, Carlos?...

Albañeda cerró el balcón hasta dejar la alcoba casi a obscuras.

—¡Más! ¡Más!...—imploró Carmina.

Carlos cerró completamente. Le temblaba el pulso, y el corazón le daba saltos en el pecho.

Carmina se acostó con ligereza. Albañeda, así que la sintió en el lecho, se acostó muy de prisa también.

Al primer contacto con aquella carne fragante de Carmina, tan suave, tan sedeña, tan señoril, Carlos creyó que la medula, como una cuerda de guitarra, iba a saltársele en pedazos...

Principió a acariciarla y a besarla apasionadamente. Se emborrachaba de lujuria y de vanidad, y creía que era un sueño todo aquello tan delicioso, tan exquisito...

La poseyó, al fin... La oyó jadear contra su pecho... Pero Carlos, a no estar tan completamente a obscuras la habitación, hubiera podido advertir que aquellos jadeos de su amante eran sollozos contenidos, y que de los hermosos ojos de Carmina, abrasantes y cobardes, fluían las lágrimas silenciosas...

VI

En pocos meses se inició para Carmina una espantosa cuesta abajo. El desengaño de su segundo adulterio aun la dolió y la irritó más que el de Armentales. Todavía el Vizconde, con sus timbres, con su historia, con sus rentas, con sus elegancias, podía permitirse la infamia de repudiar a una mujer después de conseguirla; pero que aquel improvisado, aquel "parvenú", aquel aldeanote de Albañeda hubiera mentido también a Carmina y la hubiera poseído hasta que se cansó de gozarla, abandonándola después como a una mujerzuela de la calle, era cosa que la cegaba de indignación y de orgullo. ¡Cómo

se la ultrajaría en Ciudad-Brumosa! ¡Cuántas burlas, cuántos escarnios, cuántas afrentas saltarían de boca en boca en derredor del recuerdo de Carmina!...

A poco de la huída de Albañeda, Carmina creyó enloquecer de espanto y de pesadumbre. ¿Pero era posible, señor, que aquel zafio, aquel bestia, aquel plebeyote, se hubiera decidido a despreciarla? ¿Pero era posible?...

Y Carmina, revolviéndose contra sí misma, se insultaba por débil, por estúpida, por no haber sabido "darse a valer" con aquel "tipejo", al que debió arruinar antes del primer beso en los labios.

Como todas las burguesas guapas, Carmina había creído hasta entonces que el día que se decidiese a romper los viejos prejuicios de la moral y del pudor, los hombres serían esclavos suyos, esclavos para toda la vida, y por una sola de sus caricias dejarían arrebatar la existencia y la fortuna. Supuso que Armentales la amaría siempre, y supuso que Albañeda, deslumbrado y apasionado, iba a llenarla de perlas y de automóviles. Muchas veces, como tantas otras infelices, había pensado Carmina:

—¡Oh! ¡El día que yo me decidiese a perder la vergüenza con los hombres, el mundo sería mío!...

Y ahora, deshecha de humillación, sangrando el alma y el orgullo, rabiosa de despecho, la verdad se imponía, despótica y cruel. Ella, como una golfa cualquiera, había sido la querida de dos hombres que la abandonaron sin emoción. ¡Era para enloquecer, para morirse!...

Por un resto de altivez, no quiso abandonar su habitación del "Palace". Pero el dinero se había concluído, y habían empezado los equilibrios y las angustias.

Aquella ilusión imbécil de arruinar con su

belleza a los hombres, iba esfumándose para Carmina en largas meditaciones llenas de desesperación y de lágrimas. Además, esto era lo más espantoso, iba estando un poco vieja. La realidad se mostraba implacable para Carmina, que muchas veces, en la soledad de su alcoba y de su desventura, llorando ante un espejo, veía que sus hermosos ojos se arrugaban y que blanqueaban por las sienes sus cabellos ondulantes y cobrizos, sin que la "maquillage", exquisita y sabia, pudiera borrar del todo aquellos incipientes y alarmante estragos de la vejez.

Y entonces sentíase invadida de unos locos deseos de vivir, de unos anhelos ardientes, extenuantes, vehementísimos de aprovechar los últimos resplandores de su juventud y de su belleza, llena de una violencia sensual, impaciente y encendida...

La roía la tristeza como un gusano de sepulcro, y el dolor de envejecer la llenaba el



corazón y el pensamiento. No; ya no estaba Carmina segura de sí misma. Los pájaros de los sueños iban abandonando el nido de la quimera, y había que dar un adiós romántico a las fantasías y a las ilusiones. Allí mismo, en aquellas noches del "Palace", había visto Carmina a muchas preciosas mujeres de veinte años que se entregaban a los hombres por cualquier cosa. ¿Qué había de hacer ella, con sus arrugas disimuladas y con sus canas teñidas? ¿Y era esto la vida, y el amor, y la juventud? ¿Esto, tan triste y tan efímero?...

Y Carmina, en la cuesta abajo, en el declinar, en el fracaso de su belleza y de su ambición, fué pasando de un amante a otro amante, con un ansia loca y atormentada de vivir.

Los "cabarets" la obsesionaron. Un pianista ruso, que vivió unos días en el "Palace" y de quien Carmina se enamoró verda-

deramente, con toda la furia de un primer amor a los cuarenta años, fué el que la llevó una noche a "Turó-Edén".

Huyó el pianista, como los otros, y Carmina, con la voluntad y el corazón hechos pedazos, buscó en las tentaciones y en los espejismos de la ruleta—el peor veneno del mundo—un poco de vértigo y de olvido.

Empeñó todas sus alhajas, y jugó, y jugó... Era una fiebre maldita, una tentación torturante, un tirón de Satanás desde el infierno.

Carmina, después de perder su última postura a la ruleta, cuando oyó cantar al "croupier" un número que no era el suyo, se quedó como muerta, como idiotizada, bajo su gran sombrero de plumas negras y su precioso traje de crespón "marrocaine", con brillos eléctricos y azules.

Fuera del deseo de dinero, para seguir jugando a aquellos "treinta" malditos, que tan

cruelmente se la negaban, Carmina no tenía nada que la atase a la tierra.

Miró a su alrededor como una imbécil. Allí estaban los de siempre: "Charito", la bellísima y abominable cancionista, jugándose a montones el dinero que no era suyo, el que constantemente la ofrecían los pazguatos y los currutacos que la asediaban. Ella reía con su risa musical y subyugadora, ganase o perdiese, y su madre—que se jugaba el dinero propio, claro es—maldecía como un carretero, porque la suerte la volvía la espalda.

Allí estaba doña Caridad, la viuda del famoso y millonario prestamista "el Tempranero", arruinándose estúpidamente, entre la admiración de los "mirones", que abrían una boca tamaña viendo cómo doña Caridad jugaba miles y miles de pesetas, mientras sonreía gachonamente a las "tanguistas" y a los "croupiers".

Doña Caridad, como muchas de las mujeres que lucían sus desnudeces y sus morbideces por los salones del "Turó-Edén", como aquella misma "Charito" de dientes de loba y ojos de diablesa, era, a más de jugadora, lésbica. Pero así como "Charito" seducía por su garbo a las mujeres, y aquellas gráciles y desvergonzadas tanguistas se atraían por su belleza y por su gracia, doña Caridad, fofa y envejecida, aunque todavía con cierta opulencia sensual, tenía que "camelar con billetes" a sus queridas de una noche.

Cuando el azar la favorecía, doña Caridad, excesivamente generosa, repartía sus ganancias con aquellas mujercitas viciosas y subyugantes. Ellas la rodeaban zalameras, con promesas canallas en los ojos y sonrisas lascivas en los labios, y doña Caridad, tremante de lujuria, dejábase acariciar cínicamente, aunque a veces, y al propio tiempo —doña Caridad era en sus erotismos insa-



ciable y diversa—, respondiera suspirando y estremeciéndose a la mirada de algún matón cejijunto o de algún "croupier" jacarandoso.

Allí estaba todo ese mundo pintoresco y frívolo, prostituído y aventurero, de mujeres excesivamente fáciles y excesivamente desnudas, y de hombres locuaces y alegres; ese mundo que en vano quiere ser de galantería y de elegancia, ese mundo de "cabaret", donde tras los resplandores de las joyas y de las nítidas pecheras de los "fracs", entre las risas y las músicas, parece que va a sonar, desgarrado o estridente, el sollozo

de la prostitución y de la miseria o el pistoletazo de la deshonra y del suicidio.

En la sala de juego, sin embargo, parecía acallarse el bullicio que triunfaba en los otros salones. En derredor de las mesas veíanse rostros pálidos y dramáticos, y los ojos de las cocotas y de las tanguistas, indiferentes a todo lo que no fuera el rodar de la bola de la ruleta, relucían febriles y anhelantes. Y es que el juego ha derrotado a muchos hombres en el corazón de muchas mujeres. Es el rival terrible y perennemente vencedor. Nadie como él las enloquece y las embriaga. Tiene para ellas una emoción siempre nueva. Las obsesiona y las esclaviza. Lo mismo cuando las halaga que cuando las tortura, nadie como él puede ufanarse de dominar íntegramente a las mujeres. Posee por entero su corazón, su pensamiento y su sensualidad. El juego es como un galán irresistible y diabólico, el verdadero Lucifer de

la tierra, más bello que el rabudo y cornudo de los infiernos. Cierto que lo que sus manos fantasmales ofrecen a las mujeres con apariencias de joyas valiosísimas suele trocarse en una hoja de puñal o en un frasco de veneno. Pero las mujeres van ciegas y estremecidas hacia él, llenas de una dolorosa y deliciosa voluptuosidad, y cuando él las sonríe treman de placer y de pasión.

En aquel "cabaret"—semejante a un luminoso harén de las esclavas del azar—, el juego había hecho su favorita de un momento de una de aquellas histéricas y lindas meretrices. El juego la había sonreído, y ella sentíase más feliz que nunca bajo aquella caricia del juego. Era un espasmo nuevo, inefable y torturador. Las otras esclavas, a las que el juego maltrataba aquella noche, miraban a la afortunada con una expresión de indefinible envidia y ansiedad... ¿Cuándo, todas las mujeres, unánimes, habrían deseado así al amante de una sola mujer?

Los hombres no querían convencerse de esta verdad triste, y algunos mirábanlas con miradas donjuanescas y las dirigían orgullosas proposiciones de amor. Pero ellas les desdeñaban, no tenían sentidos más que para envidiar a la que estaba gozando el juego, y si un momento les atendían era sólo para sacarles unas monedas que arrojar a los pies de su ídolo, entre los brazos insaciables del Azar, que era su chulo y su tirano.

Carmina paseó su mirada, ansiosa y triste, sobre los grupos de aquellas mujeres. Entre todas, se juzgó la más infeliz, la más miserable. Poco o mucho, con buena o con mala suerte, ellas jugaban mientras Carmina registrábase con angustia los bolsillos, espantosamente vacíos y espantosamente voraces. Carmina no se atrevía, como tantas otras, a pedir dinero, a mendigarlo si era preciso, a los jugadores gananciosos. Hasta ahí no había querido llegar nunca... ¡Qué



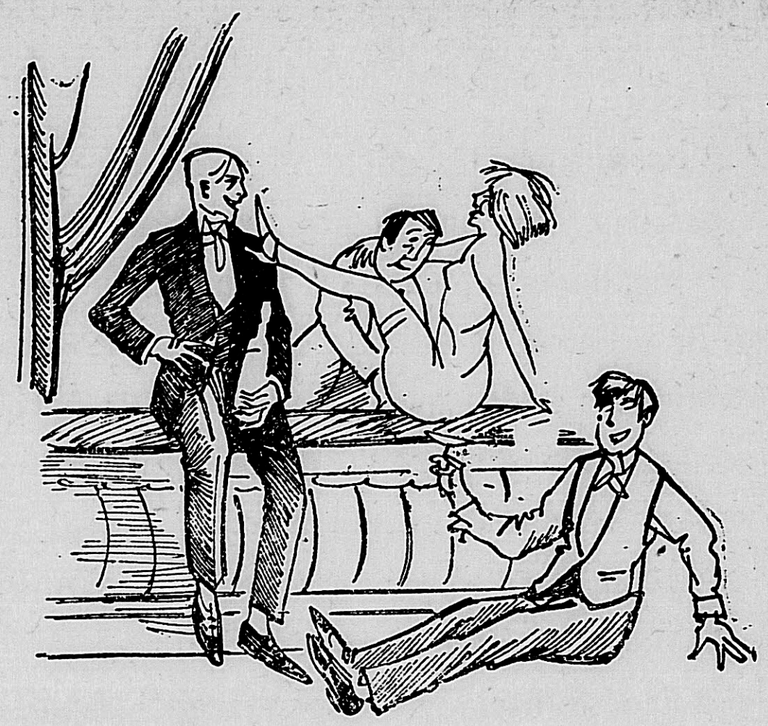
estupidez! ¿Y por qué no había de atreverse?...

Los ojos de Carmina relampaguearon de esperanza. Dar un sablazo insignificante a los jugadores aquellos la repugnaba. Pero pedir prestada al dueño de aquel garito una cantidad crecida, ¿por qué no?... Ella había perdido varios miles de duros. ¿Se atreverían a negarla ahora mil pesetas?...

—¡Mil pesetas!—pensó Carmina.—¡Quién sabe! ¡El desquite, quizás!...

Y fuése hacia el "super-tango" rápidamente.

Ya venía avanzada la madrugada, y en el salón de fiestas triunfaban el libertinaje y el escándalo. En los palcos insultaban y besaban a las mujeres los beodos, y ellas cantaban y reían como locas. En la orquesta de "tzinganes" se desmayaba voluptuosa y lánguidamente un tango canalla y extenuante, y las parejas de bailarines, casi todas de mu-



jeres solas, trenzaban las piernas lascivas y quebraban las cinturas cadenciosas, mientras rozaban sus senos entre espasmos y juntaban sus labios temblorosos.

Carmina se dirigió al palco que ocupaban los tahures.

—¿Tiene usted la bondad? — dijo, dirigiéndose a uno de ellos.

El requerido, que era un mocetón atlético,

desasiéndose de los brazos de una cocota, se aproximó solícito.

—¿Quería usted algo de mí, señorita Carmina?

Carmina titubeó, enrojeció un poco; pero se decidió al fin:

—He perdido mucho esta noche. Estoy rabiosa. ¿Quiere usted dejarme mil pesetas para ver si me desquito de algo?

El hombre aquel vaciló un momento. Pero creía rica a Carmina; la veía jugar con esplendidez, y repuso sonriendo:

—Es verdad que no tiene usted suerte. La tratamos mal, y lo siento, créame usted. Ojalá acierte esta noche su corazonada. Ahí van los cuatro mil reales.

Y uniendo la acción a la palabra, con sus dedazos llenos de brillantes, entregó un billete de mil pesetas a Carmina.

—¿Pero se marcha usted así? — agregó, viendo que Carmina se alejaba—. Eso no lo

consiento yo. Y ya que es la primera vez que tengo el honor de servirla, quiero invitarla a una copa. ¿Prefiere "Pastora" o "Fino Gaditano"? El champán es para niños litris y para niñas neurasténicas. No tiene ni que pasar al palco, si usted no quiere. Verá usted.

Y entrando al palco él y saliendo hasta el pasillo con una botella y una copa, derramó sobre la copa la botella entera, con lo que encharcó de vino el suelo, y murmuró, ofreciéndosela a Carmina:

—¡Así! Con este mal ángel y esta pobretería doy yo las copas de vino a las mujeres de mérito como usted.

Carmina sonrió a la jactancia, y tras de beberse el vino, corrió precipitadamente a la ruleta.

Media hora después no tenía un céntimo.

El tahur que la invitó a la copa, que había salido tras Carmina del "super-tango", se acercó de nuevo y la dijo melosamente:

—¿Pero qué es eso, señorita Carmina? ¿Otra vez estamos "a dos velas"?

Carmina, con un ansia terrible de jugar, pálida, convulsa, se decidió a mentir:

—Ya lo ve usted. Yo acabaré arruinándome. ¿Tendría usted un empleado de confianza que fuese a mi habitación del "Palace" y abriese mi armario con esta llave —dijo, mostrando una muy diminuta—, y me trajese dos mil pesetas, para pagarle a usted y entretenerme un rato?

—¿Quiere usted callar, señorita Carmina? Usted no parece "desabría" y tiene usted cosas de mala pata. ¡Ahí van otros cuatro mil reales!...

La luz del día entraba por las altas ventanas, y ya habían "levantado" las mesas del "treinta y cuarenta" y del "faraón".

Muy escasos ya, los jugadores rodeaban las mesas de ruleta.

Sonó la voz de un "croupier":

—¡Treinta y cinco, negro!

"Charito", la cancionista, refulgente de enormes joyas rebrilladoras, dió un grito de júbilo porque había acertado un "pleno" de cien pesetas.

Su madre, en cambio, que jugaba la primera docena, no pudo contenerse, y encarándose con el que cantó el número, refunfuñó:

—¡Pero no habrá quien "sos" pegue un tiro, cabronazos!

—¡Ahora salen los treinta! ¡Cuando yo estoy cambiando! — murmuró Carmina—. ¡Maldita sea mi suerte!

Muy nerviosa, muy atropellada, siguió jugando con pésima fortuna, sin acertar una vez.

El tahur la miraba, la miraba... Tenía un "capricho" por ella. Más de una vez, viéndola aún mórbida y cimbreante, siempre con aquel sello de arrogancia y de distinción, había dicho a sus compadres:

—¡Es una buena jaca! ¡Un poco "purí", pero una buena jaca!

Cuando Carmina perdió el último billete, se acercó y la dijo:

—No juegue usted más. Está usted de malas esta noche.

Y dirigiéndose a los "croupiers":

—¡Ea! Vengan las tres últimas boladas.

El "croupier", por tres veces, cantó, entre la estupefacción de todos:

—¡Treinta y dos, encarnado!

—¿Pero ve usted? ¿Pero ve usted?—gritó Carmina frenética—. ¡Toda la noche perdiendo a los treinta, y ahora triplicado el treinta y dos!

Y la voz la enronqueció de rabia y se la llenaron de lágrimas los ojos.

—¿Sabe usted cómo se la quita ese mal humor?—la dijo el amo, retirándose hacia un rincón con ella y acariciándola con la mirada—. Pues viniendo a beberse conmigo una botella por ahí. ¿Qué pasa?

—Bueno. Lo que usted quiera — respondió, sin saber lo que respondía, Carmina.

Del "super-tango" llegaba un escándalo ensordecedor. El "jazz-band", manejado por un negrazo ebrio, tocaba a un tiempo cien instrumentos infernales. Las risas y los gritos de las mujeres sonaban repetidos y estridentes.

Una hora después, y hecho ya el recuento de las ganancias, Carmina partía en un automóvil con aquel hombre.

Llegaron a una taberna con honores de *restaurant,* y entráronse en un comedorcito reservado. Bebieron mucho. Carmina no sabía a punto fijo qué hacer ni cómo conducirse. Estaba loca de rabia y de preocupación. Estaba arruinada, en la más espantosa pobreza. Y estaba un poco borracha, además.

La voz de Antonio Chacón, del gran "cantaor" andaluz, llegaba desde un reservado próximo, llena de pasión y de calidez, entre



los temblores y los sollozos de la prodigiosa guitarra de Montoya:

Rosa, si no te cogí
fué porque no me dió gana.
Al pie del rosal dormí,
la rosa tuve por cama,
por cabecera un jazmín.

—Eso es lo que no haría yo, señorita—dijo picarescamente el tahur.

—¿El qué?—preguntó Carmina, sin comprender del todo.

—Eso que ha dicho Chacón. ¿No lo ha oído usted? Dormir al pie del rosal y dejar la flor para otras manos...

Carmina, sonriendo distraídamente, se encerró en un silencio lleno de inquietud.

El tahur la acariciaba disimuladamente. Ella no se enojaba por aquellas caricias, y al fin, con los ojos encendidos de lujuria, el mocetón la dijo:

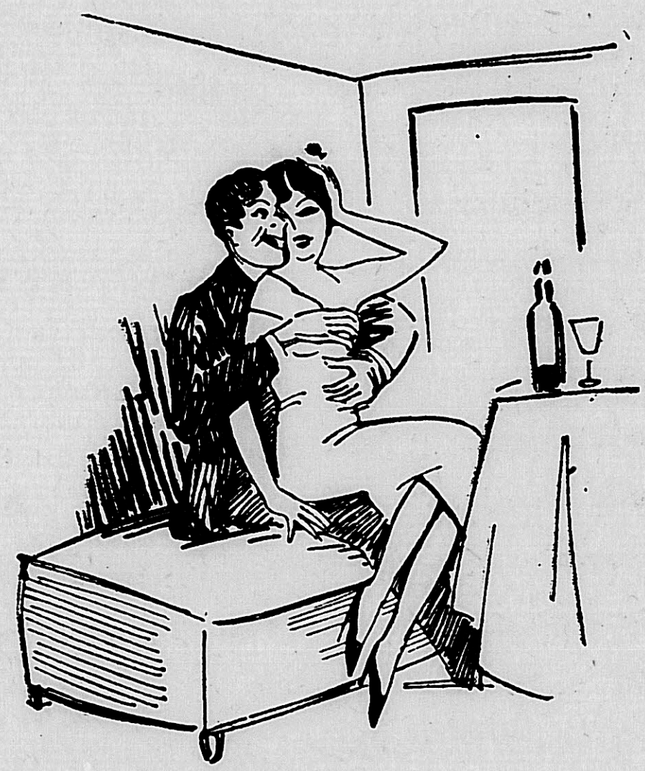
—Diga usted, señorita Carmina. Si yo,

que soy una mala bestia, y digo una mala bestia porque me reconozco sin educación y sin modales, la diera de pronto un beso en esa boca gitana, ¿se incomodaría usted conmigo?

Carmina se encogió de hombros, y sintió inmediatamente sobre sus labios unos labios ardorosos y bestiales.

Las emociones de aquella noche, tan violentas, y aquel vino de Jerez que la enardecía, se resolvieron para Carmina en una tremenda furia sensual. Contestó rabiosamente a aquellos besos tan rabiosos y se sintió llena de un erótico temblor, impaciente y encendido.

El tahur la sentó sobre sus rodillas. Escondió luego sus manazas entre los senos de Carmina, y pugnó por librar a uno de la cárcel sedeña del vestido. En presencia de aquel pecho desnudo, opulento y trémulo, donde las venas se dibujaban azules sobre el



tono ambarino de la carne, el tahur enrojeció de deseo y principió a acariciar los muslos y el vientre y lo más recóndito del cuerpo estremecido de Carmina. Llena de liviandad, de lascivia, de una lujuria nueva y ardorosa, Carmina se dejó poseer por el tahur, a horcajadas sobre sus piernas, con la cabeza caída sobre el cuello atlético del hombre, boca con boca, mordisco con mordisco, y sintiendo en la grupa, redonda y desnuda, la presión, las caricias y el ardor de unas manos que parecían insaciables.

—¿Qué vergüenza, verdad? ¡Qué cochinos somos!—murmuró Carmina, cuando todo había sucedido ya, y aun pujante y deseosa, aunque el tahur parecía fatigado.

—No, mujer. ¿Por qué? — respondió el hombre—. Son cosas de la vida. Nos veremos a menudo. ¿Quieres? ¡Eres una "gachí" de órdago! ¡Me tienes "destuetanao"! ¡Yo esta noche no podría ser hombre ya ni con

la madre que me parió! Bueno; ¡ya he dicho una salvajada! ¿Vendrás mañana, cariño?

En realidad, lo que quería era marcharse, porque observaba el ardor erótico de Carmina y temía el fracaso y el ridículo.

—¿Vendrás mañana, reina?—volvió a preguntarla—. Ya verás cómo una noche cualquiera, cuando menos lo pienses, te desquitas. El juego es un loco que alguna vez da la cara. ¡Qué duda cabe!

Carmina, entonces, con la lengua un poco estropajosa y los ojos relucientes, se aventuró a decir la verdad. Estaba arruinada. No tenía dinero, ni crédito, ni joyas. En el "Palace" debía mil trescientas pesetas...

El tahur se puso taciturno.

—Mira, rica—exclamó de mala gana—. ¿Te voy a engañar a ti? ¡El jugar es de primos o de granujas! ¡No siendo con ventaja, no gana Dios, por mi libertad! Lo mejor que puedes hacer es no pisar una casa de juego.

Y después, para su capote:

—¡Nos ha "vacunao" la tía ésta! ¡Ocho mil reales que se han ido a baños! ¡Si seré yo lila y tonto perdío y mala bestia, pero mala, mala, mala bestia de verdad!...

Carmina, comprendiendo, no obstante su embriaguez, y descorazonándose, se despidió de aquel hombre inmediatamente, que nada hizo por detenerla.

—Me llevará tu "auto" hasta el "Palace", ¿verdad? Digo, si es posible, siendo tan pobrecita como soy—agregó con retintín malicioso—. Y no pases pena por tu dinero, hombrín, no pases pena, que Carmina no queda mal con nadie, tarde o temprano.

Cuando llegó al hotel estaba pálida de rabia, de mal humor y de desventura. No tenía sueño, y entró en el "bar". Quería aturdirse, acabar de emborracharse, volverse loca del todo, caer en una sima de inconsciencia.

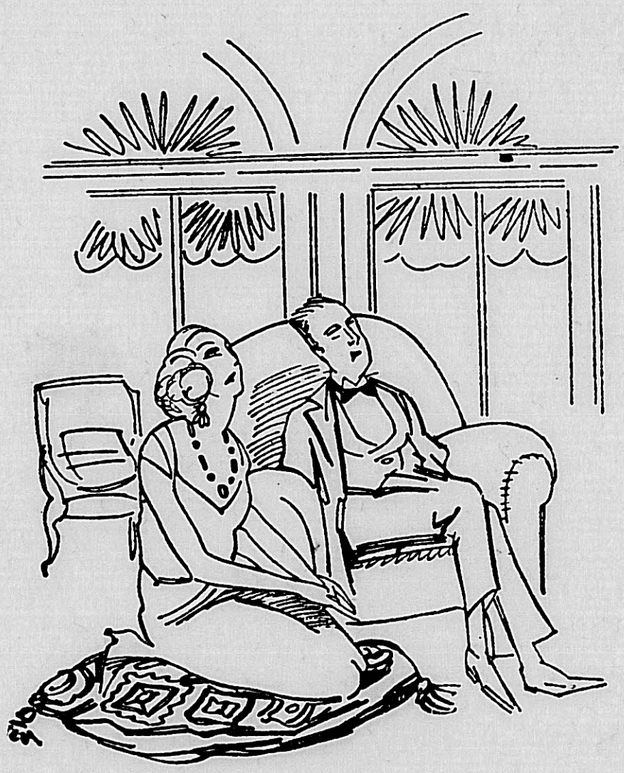
Sólo dos personas había allí. Era una extraña pareja, hospedada también en el hotel,

a quien Carmina conocía mucho, y a quien siempre veía con una irresistible curiosidad. Ella era francesa, "madame Julienne", y él, "Panchito", de la República Argentina. "Panchito" tendría escasamente treinta años, y ella, aunque muy vistosa y maquillada, parecía haber cumplido los cuarenta. "Julienne" estaba a todas horas borracha de cocaína, y "Panchito" de "whisky" y de coñac. Inmediatamente, Carmina echó de menos a Fátima, una joven y bellísima hebrea, llena de felinas ondulaciones, que nunca se apartaba de los amantes.

"Panchito" estaba tirado en un butacón, muy grave, muy silencioso, y "Julienne", a sus pies, le miraba con los ojos llenos de llanto. Parecía desconsolada.

Así que vió a Carmina, dirigióse a ella "Julienne" y la dijo entre sollozos:

—¡Oh, señorita! ¡Bendita sea la hora en que ha usted aparecido! ¿Usted conocía a



Fátima? ¡Una mala mujer, señorita, una mala mujer! Mi "Panchito" y yo adorábamos a esa puerca de Fátima. ¡Nos pidió permiso por salir esta noche, y no ha todavía vuelto! ¡Pensamos que es fugada, señorita! "Panchito" es triste por esto, y yo soy triste también. ¡Era un delicioso "menage à trois" que va con los diablos no sé adónde! ¡Mi "Panchito" es triste por esto, y yo soy triste sin nuestra Fátima! ¡So cochina, que nos tiene gastados tantos luíses! ¿Usted es una "femme" de mundo, señorita? Perdón, ¡oh, mil veces perdón si me equivoco! Mas ¿usted es tan amable de aceptar una copa en nuestra habitación conmigo y con mi amante? ¡Nos amaremos muchò, señorita!

"Julienne" clamaba e imploraba, entre los hipos de su borrachera, con las manos cruzadas ante Carmina. "Panchito" las miraba con una curiosidad sonriente y cínica.

Carmina, llena asimismo de la confusión

de la embriaguez, creía estar soñando. Se fijó luego en los ojos verdes, cambiantes, alucinadores de "Julienne", y observó que se estremecía. Miró después a "Panchito", tan cobrizo, tan esbelto, con aquellos ojos tan profundos y aquella boca tan carmínea, y creyó que volvía a estremecerse... ¿Qué diablos era aquella fiebre lujuriosa que la asaltaba tan desorbitadamente? ¿Por qué se sentía, con aquella fuerza irresistible, atraída por los ojos verdes de "Julienne" y por los labios rojos de "Panchito"? ¿A qué zumo maldito y afrodisíaco sabrían aquellas depravadas voluptuosidades del "menage à trois", nuevas, tentadoras, desconocidas? ¿Qué la pasaba a Carmina desde la noche anterior? ¿Estaba envenenado el vino con que la emborracharon? Sí, sí; eso era, sin duda...

"Panchito" se acercó sonriendo:

—Súbase no más, señorita, y no ande con

"macanas". Yo la doy cuarenta pesos, sesenta pesos, por su gentileza. En verdad que me parece usted una mujercita linda...

"Julienne", llena de lágrimas, imploró:

—¡Mire que mi "Panchito" no se ha todavía acostado! ¡Sea usted gentil, que yo seré generosa y amable! ¡Es la divina locura, señorita, que va juntarnos los tres en un lecho de amor con muchos juegos adorables y exquisitos!

Carmina entró con ellos en el ascensor. Entre las nieblas de la embriaguez y de la lujuria estaba un poco asombrada de sí misma, con un asombro supersticioso, inconsciente y muy extraño, que espoleaba más su deseo y su curiosidad.

Ya en la alcoba de los amantes, siguió bebiendo con una sed infernal y rabiosa, hasta perder casi del todo la razón. Ardía, ardía de lascivas depravaciones y de curiosidades inconfesables.

"Julienne", con sus mismas manos, tan expertas, desnudó completamente a Carmina, mientras la llenaba de caricias y de besos. Ella se desnudó también, y tendiéronse juntas en la cama. Principió un juego lésbico, depravado y extenuante, en el que Carmina, llena de estremecimientos desconocidos, se prestaba locamente a todo...

Súbitamente, "Panchito" cayó de un salto sobre el lecho; apartó de un empellón a "Julienne" y principió a jadear y a retorcerse sobre el cuerpo ávido y desnudo de Carmina.

"Julienne", arrodillada en el suelo, arañándose el rostro hasta hacerse saltar la sangre, miraba con ojos despavoridos y fijos la tremenda escena de amor, y desvertebrándose en espasmos epilépticos, con las uñas clavadas en las sangrantes mejillas, gritaba loca de placer:

—"Mon amour"! "Mon amour"! ¡Oh, canalla, canalla!...

Pero al observar que "Panchito", impetuosamente, con un gran arrebato erótico, buscaba con sus labios los labios delirantes de Carmina, "Julienne" saltó como una fiera sobre el lecho y arrojó a Carmina a puñetazos.

—¡No! ¡No!—gritaba como una poseída—. ¡La boca de este chulo es nada más que para mí! ¡Vete, puerca, sucia, asquerosa! ¡Vete!...

Carmina rodó hasta la alfombra, arrojada de la cama con violencia.

"Julienne" gritaba apasionadamente:

—¡Insúltame! ¡Insúltame!

—¡Vieja prostituta!—chillaba la voz de "Panchito"—. ¡Vieja sifilítica y sarnosa!

—¡Oh, "mon amour"! "Mon amour"!—gemía la voz desfallecida de "Julienne".

—En las mancebías más asquerosas de París, en los más infames suburbios de Londres, en las tabernas de los muelles de Buenos Aires, no hay rameras más viejas y más horribles que tú, asquerosísima "Julienne".

—¡Sigue! ¡Sigue!— clamaba la hembra enloquecida.

—¡Te odio! ¡Te odio, maldita! ¡Déjame en mis brazos a la otra! ¡Quiero su boca! ¡La tuya está podrida y me da asco!—exclamaba "Panchito" con la voz rota en convulsiones.

—¡Oh! ¡Sí, sí!—le contestaba "Julienne"—. ¡Yo soy una zorra vieja, una perra salida, una víbora lujuriosa, pero tuya, tuya! ¡Y tú mío! ¡Mío! "Mon amour"! ¡Oh, canalla! ¡Canalla!...

Los jadeares se enredaban con los insultos, y los besos cedían a los mordiscos, y a las caricias los arañazos. Las caras chorreaban sangre...

"Julienne" se retorcía sobre "Panchito", se enardecía con una fiebre satánica, se deshacía en espasmos...

Carmina sentía que todo daba vueltas a su alrededor, y los miraba con asombro y con furia. A pesar suyo, aun temblaban en sus nervios las huellas profundas del placer. ¿Qué era aquello? La ruina, las afrentas del tahur, la depravación... ¿En qué sima del infierno se había despeñado desde las nubes?...

Los cuerpos desnudos de "Panchito" y de "Julienne", trenzados y agitados, se retorcían en una tremenda epilepsia de sangre, de dolor y de sensualidad...

Los gritos de "Julienne", llenos de lágrimas y de espasmos, repetían desfalleciendo:

—¡Oh, "mon amour"! "Mon amour"! ¡Canalla! ¡Canalla!...

VII

Hasta las tanguistas más humildes la tuteaban ya. En el "Turó-Edén", sin el que no podía vivir Carmina, eran muchos los que la huían temiendo sus modestísimos sablazos. Los dueños del "negocio" la trataban desdeñosamente, y hasta el vale que a diario tenían que proporcionarla para que regresase a su casa en automóvil, se lo daban de mala gana y refunfuñando.

Hacía mucho tiempo que habíanla despedido del "Palace", y Carmina rodó de pensión en pensión hasta las más destartaladas y pobretonas.

Su vejez avanzaba precipitadamente, y te-

nía que pintarse y repintarse como un payaso. Era una ruina, una verdadera ruina. El arte con que sabía acicalarse y componerse, aquella su señoril y graciosísima elegancia, haciala aparecer todavía sugestiva y apetecible. Pero recién levantada, con sus guedejas encanecidas y sus ojos cárdenos y abultados, Carmina parecía su propio espectro.

La morfina y el pantopón fueron destruyéndola el organismo y la voluntad, y haciendo de su orgullo y de su belleza dos pingajos miserables.

No hubo señoritingo de Ciudad-Brumosa que no conociera, en sus viajes a Madrid, el lecho y las desnudeces de Carmina. Ella misma se les ofrecía cínicamente, a cambio de unos duros que jugarse a la ruleta. Era la tragedia, la tremenda tragedia del juego, que traía a la cola todo aquel cortejo negro de humillaciones, de miserias y de desventuras...

Aquella noche, una de las más tristes de

su vida, Carmina andaba como una sonámbula entre el bullicio del "Turó-Edén", sin saber cómo conseguir algún dinero para probar la suerte y la fortuna.

Fuese hacia la mesa del "faraón", por si alguno de los jugadores asiduos consentía en que "le llevase la carta".

Estaba pálida y silenciosa, con el alma rota verdaderamente. Por la mañana habíase encontrado frente a frente en la calle de Alcalá, saliendo Carmina de "Maxim's", con la Campuzano y la fiscala de la Audiencia territorial de Ciudad-Brumosa, aquella Damiana que fué tan leal y tan entrañable amiga suya. Con una inconsciencia encantadora, Carmina corrió a saludarlas, y tuvo que ver cómo la volvían la espalda despectivamente y cómo cambiaban de camino, fingiendo no conocerla...

Aquello fué como un golpe de hacha para Carmina. Fué la revelación de todo su pre-



sente miserable. Era verdad. En toda Ciudad-Brumosa se conocían la vida y milagros de aquella prostituta, y con las prostitutas —Carmina lo reconocía con el espíritu hecho pedazos — no podían cambiar las "señoras decentes" su saludo...

—¡Ya está aquí el vejestorio!—exclamó viendo acercarse a Carmina un jugador, tan supersticioso como todos los jugadores, que acababa de apuntar cien duros a un pase—. ¡Tiene la negra esta estantigua! ¿No lo dije?—agregó rabiosamente tirando las cartas sobre la mesa—. ¡Tres monos! ¡Bacarrat! —Y volviéndose hacia Carmina:—¿Pero no podía usted marcharse a fregar, señora?

Carmina se puso lívida y bajó humildemente los ojos. Luego, haciéndose la distraída, se alejó del "faraón" y fuése hacia una mesa de ruleta, hacia la mesa en que "tiraba" Carlos, un "croupier" conquistador y presumidillo, acicalado y cursi, que andaba

con el ritmo de un pasodoble torero y que a la sazón era medio querido de Carmina.

No se había decidido a acercarse antes porque estaba allí Araceli, la querida oficial de Carlos, y era una hembra bravía, celosa y comprometedora.

Carlos se lo había dicho muchas veces:

—Ojo con la Araceli, ¿eh?; porque, además de que ésa te da dos "bofetás" a ti y al lucero del alba, es la madre de mi hijo, y eso es un "sagrao pa" mí.

La Araceli, en cuanto vió aproximarse a Carmina, se puso "en plan" de pelea. Precisamente aquella tarde había llegado a su noticia el lío de "su" Carlos, y estaba "deseando bronca".

Fuése hacia Carmina, y la dijo, agresiva y burlonamente:

—Pero oiga usted, doña Ancianidades, ¿es que tiene usted cara para venir adonde yo estoy y a "timarse" con ese hombre?

Carmina, que en realidad no había querido mirar a Carlos, huyendo de las furias de Araceli, contestó con afectada dignidad:

—Señorita, yo tengo más educación que una golfa cualquiera y sé conducirme en todas partes.

—Eso de una golfa cualquiera lo dirá usted por su madre de usted, ¿verdad?—rugió Araceli. Y continuó, exasperándose:—¡Una golfa! Pero ¿qué eres tú, tía puerca? ¿Es que todavía no te han "dao" así en la cara, malasombra?

Y uniendo la acción a la palabra, enrojeció de un puñetazo el rostro lívido de Carmina.

Armóse un gran revuelo, y los porteros echaron del salón a Carmina y a la Araceli. Pero Araceli era una "tanguista de postín", que "metía" dinero en la casa, y los dueños del "Turó-Edén" consintieron que Araceli volviera nuevamente al salón.

En cambio, "don" José María, el mismo tahur que fué el amante de una hora de Carmina, cogiéndola de un brazo y zamarreándola bruscamente, la dijo con aspereza:

—¡Ea! ¡Que esto se acabó, Carmina! ¡Eres una "méndiga" que traes aburridos a los clientes con tus sablazos y con tus historias, y algunos ni "apuntan" en cuanto que te ven! ¡Aquí no entras más en tu vida! ¡Largo de aquí, liosa!

Carmina enloqueció de rabia.

—¡Chulo! ¡Cobarde! ¡Tiazo! ¡Suéltame! ¡Me habéis arruinado y me echáis ahora como a un perro! ¡Asesinos!

Un portero-matón cerró con la mano la boca de Carmina y la arrojó a empujones hasta la calle.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!—gritaba la infeliz enronqueciendo—. ¡Sois todos igual de miserables y de sinvergüenzas!

Salió Carlos, obligado por la Araceli, que se lo había exigido:

—¡Ya estás saliendo "como las balas" y diciéndola lo que es del caso, o armo aquí una de órdago a la grande! ¿O es que te has "figurao" que vas a comerte lo mío, lo que yo me gano con mi cuerpo, "pa" acostarte con la primera que se presente? ¡No ha nacido quién, hombre! ¡No ha nacido quién!

Cuando Carlos llegó a la calle, aun pugnaba el matón por reducir a la irritadísima Carmina, que gritaba forcejeando:

—¡Socorro! ¡Guardias!

Al ver a Carlos, cambió de tono y rompió a llorar.

—¡Que me mata este hombre, Carlos! ¡Que me está haciendo daño este animal!

Carlos y el portero cambiaron un signo de inteligencia.

—Vente conmigo hasta ahí abajo, Carmina; tenemos que hablar dos palabras.

Echaron a andar bajo la noche. Araceli los espiaba desde lejos.

Los sollozos de Carmina sonaban desesperadamente, y el rostro, lleno de lágrimas, blanqueaba con una espantosa palidez.

—Mira, Carmina, las cosas como son—exclamó, parándose en seco, Carlos—. Tú no puedes volver por el "Turó" porque me quitarías el pan, y a mí no hay en el mundo quien me haga una mala faena. Da por "terminao" lo nuestro, porque así "tié" que ser, y porque Araceli está "enterá" de las cosas, y la Araceli es un "sagrao pa" mí.

Carmina le escupió al rostro.

—¡Maldita sea la leche que has "mamao"! —gritó Carlos—. ¿Escupirme a mí en la cara?...

—¡Golfo! ¡Infame! ¡Mal hombre! — exclamó Carmina fuera de sí.

Carlos la dió una tremenda bofetada, y de los labios de Carmina brotó la sangre...

Después, Carlos volvióse tranquilamente de espaldas y se dirigió de nuevo hacia el

"Turó-Eden", espiado por Aracen desde lejos...

Carmina no supo ni gritar ni quejarse. Nada...

Llevóse el pañuelo a la herida, y principió a caminar sola, sin rumbo fijo, tragándose las lágrimas y las maldiciones...

Pronto se encontró en el paseo de Rosales. Era una noche negra y desapacible. Hacía frío. La soledad era espantosa.

Carmina se desplomó sobre un banco. Ciudad-Brumosa se alzó dramáticamente en sus recuerdos. Armentales, Albañeda, la cuesta abajo, la prostitución, la miseria, el juego maldito, aquel reciente y aterrador desprecio de la Campuzano, la escena del "Turó", la bofetada de aquel chulo...

¿Qué hacía en la vida Carmina? Un momento el recuerdo de su hogar y de sus hijos, y el recuerdo de sus glorias y de su juventud, emocionaron su corazón... ¿Qué ha-



cía en la vida Carmina? ¿Pero era posible, Señor, era posible que no hubiese pensado antes en aquella solución salvadora y única? ¿Hasta dónde la habían llevado su ceguera y su inconsciencia? ¿Hasta dónde sus pecados de vanidad?...

¡Ciudad-Brumosa!...

Una ráfaga de hielo zigzagueó en la espalda desnuda de Carmina. ¿Tenía miedo a morir?... ¡Bah! ¡La muerte era el sueño profundo, el sueño en que se olvida todo!...

Y Carmina, cargando excesivamente de morfina su jeringuilla, se dió una inyección terrible en el pecho izquierdo, buscándose de propósito el corazón.

—¡A ver si te paras de una vez, maldito!

Ni siquiera lloraba ya... Con los ojos clavados en la noche, rota como un pelele sobre el banco, horriblemente pálida, esperó...

Hacía frío. La soledad era espantosa. Sobre el paseo de Rosales, en el silencio de la

alta noche inverniza, caía de los cielos una tremenda desolación. Algunas estrellas guiñaban en lo alto, como si tiritasen en las ráfagas...

Carmina, asfixiándose, cayó de espaldas sobre el banco. Parecía querer arrancarse el corazón con las manos, arañándose en el pecho. Tuvo miedo, un miedo horrible, y quiso gritar... Ya no la fué posible...

Momentos después, Carmina dormía para siempre; pero dormía con los ojos abiertos y horribles y cara al cielo, como si el sueño la hubiese sorprendido haciendo una anhelante, una dramática, una desesperada interrogación a las estrellas...

Alberto Valero Martín

EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

No por obra de varón...

POR

Vicente Díez de Tejada

ILUSTRACIONES DE

OCHOA

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo, (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 4 pesetas.

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, 4 pesetas.
El hijo legal, por Artemio Precioso, 4 pesetas.
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, 5 pesetas.
La España chica, por José Cuartero, 4 pesetas.

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Productos de La Toja

Jabón de Sales



SALES-LODOS

Para la preparación de baños.

El mejor de tocador. Cura y evita afecciones de la piel.

DEMETRIO.

SUCES. DE RIVADENEYRA, S.A. MADRID.